

UNA CRONICA POLITICA DE DON MANUEL DE JESUS JIMENEZ SOBRE LA COSTA RICA VIEJA

SIEMPRE LO MISMO

Los costarricenses, ciertamente, han modificado mucho sus costumbres en la presente centuria; pero, sin embargo, algunos usos se mantienen in-cambiables.

Costumbre muy general fue antes aquí y es ahora todavía al confundir los oficios locales de la religión con los terrenales de la política. ¡Cuántos agitadores han puesto en juego los sentimientos piadosos de este pueblo con fines extraños a la piedad, y cómo lo que parecía religión vino a ser sólo política!

Ahí están las últimas propagandas de esa especie, lo mismo que las antiguas maquinaciones del año 24, diciéndonos, a este respecto, que es idéntica la trama de hoy a la de ayer.

Narremos una antigua aventura político-religiosa, para que quede comprobado nuestro aserto de que en esto estamos siempre lo mismo.

En el año 1824 tuvieron los vecinos de Cartago varios días de profunda excitación con motivo del robo de la imagen de la Virgen de los Angeles. Mas, para apreciar debidamente la consternación que produjo ese atentado escandaloso, es preciso tener en cuenta la encendida piedad que inspiraba en toda Costa Rica dicha imagen, así por su representación excelente como por su venerable antigüedad.

Casi dos siglos habían pasado entonces por encima de la floresta, la piedra y la fuente de las riberas del Tegogres, sin alterar el ameno frescor de la selva ni conmover la roca ni agotar el manantial de la leyenda popular. Ciento ochenta y seis años iban transcurridos, desde que los fieles habían alzado un santuario en la floresta y asentado en la piedra legendaria un tabernáculo y concertado con el placido rumor de aquella fuente, ore sus santos de alabanza, era sus gemidos de penitencia, sin que nunca hubiera cesado de llevar allí, en prenda de fe, los tributos de su amor.

Amaban con entrañable afecto ese símbolo de su fe, y mal doctrinados en su amor, rendíanle culto con vices de idolatría. Para el vulgo, la imagen era viva; para todos, la imagen era venerable.

Pues en esa imagen puso mano impló el señor Corona, natural y vecino de Cartago. Refiramos el suceso:

Databa de muchos años atrás la costumbre de traer la imagen de su Iglesia a la Parroquia, para hacerla en esta grandes fiestas religiosas a costa de los devotos mantenedores de la ciudad y los barrios, tal cual se acostumbra todavía, con la sola diferencia de que la traían desde el día 1 de Agosto, y no el tres como usan ahora.

La función del 3 de Agosto de 1824 estaba de antemano señalada a doña Manuela Nava, señora de caudal y alta posición en Cartago; así es que

con toda certidumbre se esperaba una gran solemnidad. Y en efecto, los preparativos no dejaban nada que desear. Habría fuerte campaneo acompañado de tambor grande, tamboril y chirrimá; mis cantada y sermón; buena ave maría con violín, violón y flauta; largo sortel de bombas y bombonas tendido por las cuatro cuadras de la plaza para el "sanctus"; opiparo banquete para la gente de porte; fuegos de pólvora para la plebe, y un buen sarao para dar fin a la fiesta.

Por supuesto, la víspera de la función, parecía la casa de doña Manuela un jubileo, según era de crecido el número de sirvientes, conocidos y amigos que entraban y salían llevados rodados y trayendo cosas. La barandilla allí era muy grande, y sin embargo, por encima de todas las voces se oía la de doña Manuela que gobernaba los movimientos de la maniobra.—Avisenle al padre Joaquín, decía, que no deje de venir mañana; degüellen pronto la res; al horno con los lechones; compren orejano; traigan jamaca...—En fin, lo que se llama tener en la mano la batuta. En esos preparativos pasó la señora todo el día y luego que hubo entrado la noche, ocupóse de varios no menos interesantes:—A ver, dijo, cómo andamos de ropa—sacó un antiguo armario de cedro en cuyos anaqueles bien podían haber un simón; sacó una caja de madera y de ella retiró un ajuar de gran valor, compuesto de enaguas de hilo de oro que relucían al igual de una casulla, camisa blanca de lino con un millón de lentejuelas, y larga toalla de punto, que, llevada como se usaba, olidando en vuelta entera los dos brazos, tiraba a sobrepeluz. Escudriñó más los anaqueles y de ellos apartó varias alhajas: una peineta de carey con embutidos de plata, dos sortijas de chipas con esmeraldas, un par de choricis con perlas gruesas y finas y un collar de plata sobrecorada que pesaba a lo menos catorce onzas. Luego pensó en sus hijas, y fescólgó sendos "rajec" a la moda, es decir, tunicos de panza lueda o de medio puño, chalecos de seda y zapatos de raso morunos. En aquel armario estaba entonces guardado el primer pañolón que vino a Costa Rica, pero la señora ni siquiera lo tocó, porque prenda tan valiosa se reservaba sólo para los tres jueves del año. Fuera de esta única excepción todos los demás preparativos coban a entender que la función del día siguiente sería de primera clase, como que así lo demandaban la piedad y categoría de la mantenedora. Mas todos los preparativos se perdieron, porque al amanecer del tres de Agosto ya estaba el áureo manto de la imagen, escueto, sobre el argentino pedestal.

¿De qué arte se valieron para ejecutar ese atentado? Muy sencillo. La Parroquia era a la sazón un edificio provisional de tablas, porque la antigua de cal y canto había sido destruída re-

He aquí pues una intriga político religiosa. Nada consiguieron entonces aquellos que buscaron la política por el camino de la religión; nada han conseguido, después quienes por esos mismos caminos han trajinado.

cientemente por el tambor de San Estanislao, con lo cual dicho queda que no ofrecía seguridad alguna. Las ventanas eran de corredoras, y el señor Corona las corrió a deshora de la noche, dando sorpresa inesperada al vecindario.

El golpe fue tremendo. Todo Cartago se puso en movimiento. Mil conjeturas cruzaron por los ánimos. ¿Se habría ido la Virgen huyendo de tanto pecado? ¿Habrían sido los pecadores quienes se la habían llevado? Y si eran éstos ¿que se proponían y dónde estaban, para prenderos y castigarlos? En vano fueron registrados aquella vez los templos, casas, calles y caminos; en ninguna parte parecían ni la imagen ni los raptores.

A medida que transcurrían las horas y los días, y no daban con la Virgen, iba creciendo la consternación del vecindario. Las muchedumbres tumultaban por doquiera; ora los feligreses llevaban sobre la cabeza grandes piedras por penitencia; ora los suspicaces empuñaban en sus manos los machetes por amenaza; ora, unos y otros, conturbaban el silencio de los templos con alaridos, clamores, promesas y rogaciones. La situación era muy grave; el pueblo en masa estaba levantado. Voces a la serdina le decían:—¡Los Josefinos! ¡los Josefinos!—Pero con gran sinceridad, contestaba:—Si ellos fueren, se la hubieran llevado cuando se llevaron la capital.

Y así, en aquella profunda excitación popular, habían transcurrido ya varios días, cuando en secreto conciliábulo discutíase la manera de remediar la situación.—Ya fíds, lo ve, dijo Corona, hemos errado el golpe por entero. No hay esperanza alguna de recobrar la capital; esta gente no se levanta contra San José por nada de este mundo.—Los Escalantes fueron del mismo parecer, y pensó del mismo modo don Juan de Dios Marchena.

A la madrugada del día siguiente iba, camino de Ujarrás, un recatado cazajero llamado José Antonio Morales, estudiante de Gramática, que tenía posada en casa de doña Manuela Nava, la madre de los Escalantes. Morale llegó a la Villa, se fue derecho al Convento, amarró su cabalgadura, quitó de ella las alforjas y rogó al padre cura que le confesase.—Está muy bien hijo; díj el "yo pecador" y ¿qué otra cosa? y ¿qué otra cosa?...—aquí traigo la imagen.—¿Dioschazo! y ¿pretendes secreto confesional? Imposible; huye de aquí con tus alforjas.

El estudiante no perdió su sangre fría, montó a

caballo, y puso rumbo a Ureca. De allí los frailes le escapieron con la misma negativa, y de esta suerte regresó a Cartago con las penas derramadas. Tomó de nuevo el camino, buscando quien le recibiera, bajo secreto inviolable, aquellas alforjas que le quemaban. Llegó a Tres Ríos, y nada pudo conseguir; imploró de rodillas en Curridabat, y allí Fray Juan Padrón, tocado de misericordia, le ofreció el secreto y le recibió la imagen.

Fray Juan inmediatamente dió aviso a Cartago, de que al día siguiente acudiría con sus feligreses, en procesión de rogativa para que pareciera la imagen sin decir a nadie que él la tenía. En efecto, se vino bajo palio, seguido de toda la indiana de Curridabat, y, buscando un lance oportuno para hacer la restitución, estuvo en San Nicolás, en el Carmel en los Angeles, y el lance no se presentaba. Llegó al Convento, el costado izquierdo de esa Iglesia, especialmente el espacio comprendido entre el altar de la Purísima y el de la Vera Cruz era sumamente oscuro, tanto que el padre Quintana, según decían los viejos, siempre lo prefería para hacer oración y penitencia, porque no lo viera la gente. Esa poca luz cuadraba bien a los malhechores de Fray Padrón, quien, acercándose al altar de la Purísima, dejó la imagen tapada con el viso, junto a la puerta del Sagrario, sin que nadie lo notase. Pero al salir de la Iglesia se le dijo al padre Quisada, que estaba confesando a la sazón, donde quedaba la imagen para que tuviera cuidado, y éste, sin abandonar el confesionario, largo rato después, llamó a Fray Manuel, y le ordenó que arreglase todo, porque a la tarde habría visita de altares.

En efecto, Fray Manuel se puso en seguida a acudir, y sacudió tanto que por fin llegó sacudido al altar de la Purísima. ¡Oh sorpresa la de Fray Manuel!—Señoras ¡aquí está, aquí está; pongan la vería!

Y así apareció la imagen, y acudió luego la gente, y reventaron muchos rebetes, y siguieron las funciones como de costumbre.

He ahí, pues, una intriga político-religiosa, precedida de otras muchas verificadas aquí durante la presente centuria. Nada consiguieron entonces aquellos que buscaron la política por el camino de la religión; nada han conseguido después quienes por esos caminos han trajinado, y sin embargo, seguros escamoteos de que aún no se han acabado los pasajeros.

FOTOGRAFADO

CABEZAS

El más moderno y mejor equipado del país.
75varas al Sur de la Catedral.
Apartado 1146 : : : Teléfono 4380

El Hombre que Canta

A todos los jóvenes que luchan por un mundo nuevo

CARLOS LUIS SAENZ

[mesa]
Dueño de sí, descansa, piensas
[y trabaja]
Piensa, y con sus compañeros
[sus ideas]
forman una corriente que se
[plasma]
en historia vivida, en vida...
[nueva]
de la hermosa y sencilla
construcción proletaria.
¡Canta!
¡Ya sabéis por qué canta
y lo que canta,
mientras brilla la fragua
y suena acompañado su mar-
[tillo]
subre el yunque,
con voz de plata!

¡Canta!
Brilla la fragua.
Suena el martillo
sobre el yunque
con voz de plata
¡Oh potencia del músculo
y del cerebro a un tiempo!
¡Canta!
¿Qué canta?
La espléndida alegría de la
[mañana,
el pájaro q' anida en el alero-
la sangre joven que arde en la
[mirada,
mundo nuevo
mano sólo encuentra camar-
[radas,
rgen nuevas ciudades de la
[tierra.
seducen las máquinas.
vino y vino se juntan en la

Cuestiones de Educación a cargo de CARLOS LUIS SAENZ

UNA CONSULTA SOBRE LA ASOCIACION DE IDEAS

A los maestros M. B. y J. B. R.

¿En qué consiste la asociación de ideas?

Una buena síntesis de esta función mental, que junto con la atención, y la memoria, figura, entre las llamadas funciones de "adquisición", es la siguiente, que tomamos del Dr. Verweylen en su obra Psicología del Niño y del Adolescente:

Definición

La asociación de ideas ocupa un lugar intermedio entre las funciones de adquisición y las de elaboración. Es más compleja que la evocación memorística, puesto que la asociación de ideas supone no sólo la reviviscencia, de estados de conciencia anteriores, sino, además, la creación de nuevas relaciones entre ellas.

Ley de la asociación de ideas

Se puede resumir en estos términos conforme lo hace el psicólogo Titchner: Cada vez que llega a la conciencia un proceso sensorial, con él aparecerán posiblemente todos los procesos sensoriales que se han encontrado al propio tiempo que éste en algún presente anterior de la conciencia. Por ejemplo, si usted piensa o evoca la sala de su casa, al hacer tal evocación aparecerá en su conciencia todas las imágenes de la sala que están en su conciencia. Unas de estas imágenes suscitan a las otras.

ejemplo: al ver Ud. a un amigo que hace tiempo no veía, es posible que en su mente la imagen del amigo le evoque el lugar en donde lo conoció, la época en que lo conoció, otras personas y cosas que en ese lugar y época estuvieron presentes, etc. etc.

Formas de la asociación de ideas

De modo general, objetiva mente puede decirse que no hay más que una sola forma de asociación las ideas: la asociación por contigüedad, en el espacio y en el tiempo. Desde PASA A LA PAG. SEIS



Para LAVAR BIEN, SIN MALTRATARSE,

recomendamos el JABON AMERIKA



DURO, RENDIDOR Y ESPUMOSO

VISITE EL

Café Alvarez

El Mejor Restaurant y el Mejor Servicio.